Tana

Para ser sincera no recuerdo mucho de lo que pase en el orfanato, todos los días eran parecidos, los únicos días distintos eran cuando alguien más llegaba para quedarse. Pero antes de estar allí estuve afuera, comiendo lo que encontraba, también buscando con qué alimentar a mis hermanos.

Antes de todo eso éramos mi mamá y yo. Mi mamá me amamantaba, me bañaba, jugaba conmigo, yo la amaba. No pasamos mucho tiempo solas, luego tuvo a mis dos hermanitos. Por desgracia no pudo pasar con ellos el mismo tiempo que pasó conmigo, murió pocos meses después. Entonces fui yo quien tuvo que protegerlos, tratando de hacer lo que nuestra madre hizo conmigo.

Buscamos comida por muchos lugares, los seres alargados tiran mucha "basura", como ellos lo suelen llamar. No son muy ricas que digamos, pero es mejor que nada. No nos atrevíamos a acercarnos directamente a ellos, son demasiado grandes y seguramente también fuertes; pero había días en que no encontrábamos nada, necesitábamos alimento, fue entonces que nos acercamos.

Algunos eran extraños, simplemente te dan comida y se van. Otros, en cambio, eran muy crueles; nos gritaban, y en el peor de los casos, nos tiraban cosas. Aprendimos que se pueden potenciar estando en grupos, aunque también pueden ser gentiles cuando hay alguien mirando, por eso siempre pedimos cuando son más de uno; aunque nos alejamos si son muy ruidosos.

Un día estábamos buscando en un lugar vacío, no había más que una montaña de basura con comida en esa calle. Por alguna razón, los alargados tiraban montones de comida sin terminar; no es como si importase, lo importante era que estaba ahí, y nosotros teníamos hambre.

Las probamos, estaban deliciosas, algunas calientes, otras frías. Pero no pudimos disfrutar mucho, uno de ellos salió a tirar más comida y se enojó al encontrarnos ahí. Les grité a mis hermanos que se alejaran, yo, por desgracia, no alcancé a hacerlo. Ese alargado me dio un golpe que me dejó adolorida; tenía razón, eran fuertes. No importa cuánto tiempo pase, cuánto quiera hacerlo, sigo sin entender el por qué; nosotros necesitábamos esa comida, y él no nos la quería dar.

Alguien más vio eso y salió a defendernos, se estuvieron gritando hasta que finalmente los dejamos discutir y yo con mis hermanos nos fuimos. Encontramos un refugio, aunque el suelo era de tierra, y estaba lleno de basura, serviría para protegernos de la lluvia o del sol. Nos estábamos quedando ahí, mi pata me dolía mucho por ese golpe, después de ese día no pude apoyarla bien nunca más. De la nada llegó un alargado, pero de esos alargados que son pequeños. Por lo que sé, son algo así como sus cachorros. Además, llegó con comida, mucha comida. Se quedó un rato con nosotros, jugó con mis hermanitos, mientras que a mi me acariciaba. Después de ese día no volvió, y lo único que esperaba es que ese ser tan distinto al resto haya estado ocupado alimentando y jugando con otros que lo necesitan, así como lo hizo con nosotros.

Pasaron varios días de eso, estábamos bastante hambrientos, la comida de los alrededores se había acabado. Estábamos acostados hasta que escuchamos ruido, rogaba que no fueran los alargados que venían a tirar basura, crueles y poco amables. Y efectivamente, eran alargados. Estaban prestando especial atención hacia los montones de basura.

— Ya vámonos, aquí no hay nada. - Se oyó a la lejanía.

— Ya cállate. Vinimos a buscar algunos perros y eso vamos a hacer. -La segunda voz le respondió a la primera.

Después de eso se oyeron más voces, mis hermanos estaban asustados, y para ser sincera, yo también. Asome un poco la cabeza para ver que era un grupo de alargados, algunos adultos y algunos cachorros.

— Deberíamos estar en otro lugar, como en el cine, o en el parque. Cualquier lugar menos este. - Exclamó uno irritado.

— Ya dijimos que te callaras.
— ¿O qué? ¿Vas a callarme? Quisiera verte intentarlo.

Se veían bastante molestos, en especial los adultos, imagino que será por tener unos cachorros tan molestos de su lado. Estos empezaron a elevar la voz cada vez más. Un adulto llevó al cachorro más irritante a un lugar más apartado para hablar con él.

Debido al ruido que hacían llamaron a la cría de Max, ese era el nombre que su dueño le dio antes de abandonarlo. Max es el más violento de los alrededores, se dice que es por lo que su dueño le hacía hacer. Sea lo que fuera que hacía antes, estaba claro que no era lindo. Pero a diferencia de su padre, la cría era miedosa y llorona, apenas vio a los alargados soltó unos llantos. Aunque era entendible, apenas tenía unos meses.

Los llantos llamaron la atención de los alargados, quienes se voltearon a verlo. Uno se quiso acercar de manera lenta, extendiendo su mano para acariciarlo, pero la cría retrocedió hasta que chocó con una montaña de basura; y el alargado, lejos de molestarse, se lo tomó con calma y se acercó nuevamente. Quien no se tomó las cosas con calma fue el cachorro irritante de antes, que se molesto al ver que se echó atrás y se acercó de manera amenazante. Empujó al alargado calmado y tomó de forma violenta a la cría que comenzó a llorar de manera desesperada. Eso no significaba nada bueno.

Max escuchó los llantos, se encontraba a unos cuantos metros. Cuando pudo ver a quien sujetaba a su cría no pudo aguantarse, empezó a ladrar y correr donde se encontraba. Los alargados se dispersaron y Max fue por el cachorro irritante, que soltó a la cría sin cuidado y quedó un poco malherido. Me acerqué a él con cuidado, por lo visto solo era un fuerte golpe, pero nada grave.

Cuando me descuidé uno de los alargados me golpeó.

— Por su culpa mordieron a mi hermano, ahora van a pagar los dos.

Pero salió otro que golpeó a mi agresor. Comenzaron a pelear y yo fui por mis hermanos, aunque no podía correr muy rápido. Los llamé e intentamos escapar juntos, hasta que me atraparon, mientras me agarraban les gritaba que no se detuvieran y me sujetaron el hocico.

Me llevaron a otro lugar, uno más frío, no en lo que sientes cuando el cielo llora o cuando puedes ver en una nube lo que respiras, sino en el sentimiento que puede llegar tan profundo en tu corazón que puede devastar a cualquiera. Me quedé sola por un largo tiempo, me pusieron en una jaula, estaba sola, lo único que me acompañaba y me salvaba del frío era una manta. Desde mi

jaula podía ver a otros como yo, solo que estos tenían compañía, tenían hermanos, o tenían madres que los cuidaban, yo estaba sola con mi manta.

Algunos se iban con alargados, lo peor que le podría suceder a uno según mi opinión. Algunos tenían miradas como si te estuvieran analizando. Otros tenían miradas más melancólicas, como si les diéramos pena por estar ahí o por el simple hecho de existir. Y por último están quienes tienen las miradas más dulces, como si estuvieran viendo lo más hermoso del mundo.

Así como vi muchos ir, vi a otros llegar, malheridos, lastimados. Ellos eran sanados y enjaulados como el resto, pero si era muy grave lo único que podían hacer era dormirlos.

Y así fue mi vida por unos largos años, monótonas y repetitivos. Mientras más pasaba el tiempo mi cuerpo se movía más lento, y no solo mi cuerpo, mi mente también.

Un día se rompió la rutina. Llegaron dos alargados, uno tenía una cara alargada y una nariz prominente, mientras que la otra tenía una nariz redonda y pequeña. Ellos me miraron, y fue extraño. No me vieron con lástima, como hasta en ese entonces lo hacía la mayoría, sino con compasión, no les dolía verme a mí, sino que les dolía verme en ese estado, siendo tan mayor y en soledad. Mientras hablaban con el alargado a cargo de mí escuché algo que caló profundo en mi mente y corazón.

— ¿Seguros que la quieren? Es vieja y lleva casi 12 años aquí ¿No preferirían a un cachorro?

En ese momento miles de pensamientos pasaron por mi cabeza, ¿Somos un juguete para ellos? ¿Algo que pueden cambiar cuándo se aburren? Y si fuese así, si así rigen las reglas, ¿Por qué querer llevarme a mí?

— Estamos seguros, la queremos a ella.

No hubo tiempo para más preguntas o para replantearlas, les dieron un collar y se acercaron a mí, abrieron la jaula y se arrodillaron para verme.

— Puedes salir. Tranquila, ahora todo está bien.

Sus palabras sonaron tan dulces y tan amables que lo único que podía hacer era verla a los ojos y acercarme. Puso el collar en mi cuello suavemente y nos dirigimos a la salida. En el camino fuimos lento, pero ellos no lo tomaron a mal, eran pacientes.

Cuando llegamos y abrieron la puerta algo llegó como si fuera un destello de luz, era alguien que no esperaba volver a ver, era mi hermano. No lo podía creer, y por lo visto él tampoco, pero reaccionó de manera eufórica y saltando en círculos.

Tuvimos mucho tiempo para nosotros, así como yo, él también tenía una manta, pero la tenía sobre una cómoda cama. Así como a mi hermano, a mí también me dieron una cama y una manta, y a pesar de que era igual de abrigadora, esta era diferente, estaba envuelta de una calidez que podía calentar cualquier corazón frío.

Estoy agradecida por lo que ellos hicieron por mí, por cómo me trataron en el poco tiempo que estuve con ellos. Estoy agradecida por haberme reunido con mi hermano; que, por cierto, le pusieron de nombre Otto, ¿Extraño no? Pero le sienta bien.

Como dije, pasé poco tiempo con ellos. Pero ese poco tiempo valió mucho. Me hubiera encantado conocerlos antes, aunque hubiera sido peor nunca haberlos conocido. Esos días estuvieron llenos de alimento, diversión, cuidado, y sobre todo… amor.

Hasta que llegó el día. Hace pocos días había dejado de moverme, el cuerpo me pesaba y no podía ponerme de pie. Tuvieron que darme la comida a la boca y Otto no se movía de mi lado. Cada vez respiraba más lento y los párpados me pesaban. Ellos esperaban que mejorara, pero no lo hice, y entonces ellos tomaron una decisión. El alargado macho “Sebastián'', me tomó en brazos y me acerco a mi hermano. Estaba triste, ambos sabíamos que continuaba, pero no quería que lo estuviera, quería decirle que este tiempo fue el mejor que pase en mi vida, pero no me salían las palabras. Ambos nos limitamos a despedirnos con la mirada.

Después de eso nos dirigimos al lugar donde ponían a dormir a quienes se encontraban mal. Entramos los tres, la alargada hembra “Febe”, el alargado macho “Sebastián” y yo. Tenían la misma mirada con la que los había conocido, tenían esa misma mirada de amor que hizo despejar toda duda de mi mente. Y me llenaron de caricias.

— Todo está bien. Todo va a estar bien.-Me decía la hembra suavemente en el oído.

Esas suaves melodías podían calmar todo nerviosismo. Sentía que me pinchaban y comenzaba a tener sueño. Una última vez. Una última vez quería ver su rostro. Cuando abrí los ojos vi que tenía lágrimas. Pensé que hasta sus lágrimas debían de ser dulces. Llegó un punto donde no pude sostener los ojos y comencé a cerrarlos, cuando lo hacía, ella habló.

— Adiós Tana. Te amamos.

No había mejor palabra para oír. Si iba a soñar, quiero soñar esto de por vida. Ellos a mi lado, acariciándome, hablándome al oído.